

NEW LEFT REVIEW 107

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2017

EDITORIAL

DANIEL FINN Las cloacas de Erdoğan 7

ARTÍCULOS

CENGIZ GUNES La nueva izquierda de Turquía 13

RÉGIS DEBRAY Civilización, una gramática 37

MEMORIAS

ROBERTO SCHWARZ Antonio Candido, 1918-2017 51

CHARNVIT KASETSIRI Ben Anderson, 1936-2015 61

ARTÍCULOS

LEONARDO IMPETT Y FRANCO MORETTI *Totentanz* 73

REBECCA LOSSIN Contra la biblioteca universal 105

CRÍTICA

THOMAS MEANEY Miedo a una Europa latina 123

DAVID BRODER *Ex oriente lux* 139

ESTHER LESLIE El gabinete de Kracauer 159

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CONTRA LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

EN 2004, DECIDÍ convertirme en bibliotecaria. Tomé esa decisión porque me encanta leer y necesitaba ganarme la vida de una manera que no me hiciera sentirme alienada y deprimida, o por lo menos eso esperaba. En especial me gusta leer libros. A menudo extensos y dedicados a una sola idea, argumento o historia, los libros también son increíblemente duraderos. Pueden sobrevivir a derramamientos de café, al interior de mi abarrotado bolso y si mi sobrina los tira de la mesa no me encuentro con una pequeña crisis financiera. Sin embargo, lo mejor de un libro impreso es lo que no hace. No puedo utilizarlo para ver la televisión o consultar el correo electrónico. Mi madre nunca lo utilizará para llamarme ni mi jefe para interrumpirme. En una era de constantes distracciones causadas por medios de comunicación, tener un objeto dedicado a una única actividad –la lectura– es cada vez más importante. En cualquier caso, los libros que no pueden buscarse utilizando una palabra clave nos recuerdan que no siempre hay un sistema eficaz para obtener buenas ideas, que el aprendizaje requiere su tiempo.

Cuando comencé un master en ciencias bibliotecarias en el Pratt Institute de Brooklyn me sentí decepcionada al descubrir que no me estaba convirtiendo en una «bibliotecaria», sino en una «documentalista». La diferencia es muy simple. «Bibliotecaria» viene de «biblioteca» que a su vez remite a «libros». «Documentalista» no tiene esa conexión. No hay manera de saber la importancia que tiene un nombre, pero, por lo que pude observar durante mis estudios, los documentalistas, fieles

a su elástico nombre –que no hace referencia a la palabra «libro»– eran entusiastas de casi cualquier cosa que no fuera un libro. Pensaban que incluir videojuegos en la sección juvenil era una gran idea. Hablaban constantemente sobre «renovar» la biblioteca a través de Facebook, que desafortunadamente todavía conserva la palabra «libro» [Facebook]. Incluso encontraron una manera de renombrar a los libros: como incipientes documentalistas que éramos, se nos animaba a utilizar el poco atractivo –aunque sugestivo– término de «paquete informativo». Este cambio de nombre era producto del auge de la digitalización. Los libros estaban siendo eliminados del vocabulario profesional, porque estaban siendo eliminados de las estanterías. Términos como «paquete informativo» implican que la forma es irrelevante para el contenido. Que un medio no es un mensaje, sino un conjunto de características superficiales que en última instancia son intercambiables. Sin embargo, en este término insistentemente genérico podemos encontrar una callada admisión de que la palabra «libro» significa algo especial y que incluso los documentalistas no estaban totalmente a gusto con la idea de reemplazar algo tan sólidamente vinculado a su contenido. Por otro lado, «paquete» es un término superficial, desechable e infinitamente reemplazable.

Este lenguaje es tanto sintomático como generativo. Refleja cambios radicales en la práctica profesional así como la creación de un almacén intelectual que puede ser utilizado para racionalizar y promover lo que está siendo nombrado. En parte, este proceso de racionalización es un proceso represivo, un activo rechazo a abordar los importantes problemas que plantean los nuevos regímenes electrónicos. Como tal, se trata de la nueva forma de un viejo mecanismo de supervivencia. Parte del trabajo de un bibliotecario es la conservación, algo inherentemente mórbido. Incluso en las mejores circunstancias posibles, supone una cierta cantidad de destrucción: la misma idea nace de una preocupación por la pérdida y por la práctica de la conservación. En consecuencia, se parece a una forma de embalsamamiento o momificación.

Empecé a sospechar que, a cierto nivel, mis colegas reconocían que alguna particularidad se pierde cuando una copia electrónica sustituye a un libro físico. El libro, como señalan Febvre y Martin, «es relativamente un recién llegado en la sociedad occidental. Empezó su carrera a mediados del siglo xv y su futuro ya no está claro al verse amenazado por nuevas invenciones

basadas en principios diferentes»¹. Sin embargo, en vez de hablar honestamente sobre esta amenaza, mis colegas soñaban con eufemismos como «migración digital», como si los libros estuvieran volando al norte, hacia Internet, en vez de verse destruidos y reemplazados por copias digitales. Adoptaban una devoción propia de publicistas dispuestos a satisfacer los deseos de los adolescentes por acceder a los nuevos medios. O se obsesionaban por particulares tropos de ampliación del acceso, como las necesidades de hipotéticas madres solteras incapaces de encontrar tiempo para ir a una biblioteca. Estas fantasías de ahorro de espacio, de recorte de gastos y de mantener todo en la red tendían hacia el desalojo de la idea de la biblioteca como un lugar que tiene objetos físicos. Los bibliotecarios, en otras palabras, estaban empezando a concebir la biblioteca como otra cosa que una biblioteca. Estaban anticipando su desaparición.

Defoliación

Bajo la presión del espíritu de la época digital, la relación entre los bibliotecarios y los libros estaba volviéndose patológica. Igual que un individuo que ignora activamente una pérdida traumática, la profesión desarrollaba sus propios mecanismos clásicamente freudianos, por ejemplo, la alergia al papel. En los archivos hay un montón de cosas desagradables —ácaros, moho, un aire que no ha circulado adecuadamente en varias décadas además de conocidos irritantes de la piel como la tinta de periódico— y por ello es especialmente revelador que los archiveros desarrollen sus alergias al *papel*; un material que históricamente ha sido el objeto de obsesivas campañas de sustitución. El análisis profano tiene sus inconvenientes, pero aquí resulta apropiado: algo reprimido estaba claramente regresando. ¿Qué otra razón podía haber para hablar sobre alergias al papel y preocuparse por actuar como Joseph Goebbels?² ¿Por qué teníamos que mostrarnos tan reluctantes en admitir las evidentes diferencias entre un libro y su copia electrónica? ¿O por la misma razón, entre un libro y un vídeo juego? Si la digitalización de los libros

¹ Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *The Coming of the Book: The Impact of Printing, 1450-1800*, Londres y Nueva York, 2010, p. 10.

² Mis libros de texto sobre indexación y reformateado me advertían explícitamente que no actuara como Goebbels: «Joseph Goebbels fue un documentalista muy eficaz. Hizo muy bien su horrible trabajo, pero estaba ciertamente influenciado y afectado por agendas y venganzas personales. Esperemos que la mayoría de nosotros no seamos así; a pesar de ello, ya que somos humanos, los elementos de censura pueden encontrarse ahí», Donald Cleveland y Ana Cleveland, *Introduction to Indexing and Abstracting*, Greenwood (IN), 2001, p. 5.

fuera auténticamente benigna nada de eso sería necesario. Pero no lo es. Resulta inevitablemente destructiva e incluso apunta a su desaparición. La invención del libro impreso generó cambios epistémicos globales. También la era digital requiere algo más que actualizaciones de *hardware* y reformateados. Necesita todo un proceso de reeducación³.

Los bibliotecarios podemos aborrecer la censura, pero destruimos libros. A finales de la década de 1990, la nueva y tecnológicamente avanzada Biblioteca de San Francisco desechó 250.000 títulos. Esta masiva eliminación no está motivada por un programa ideológico, que exige la destrucción de determinadas ideas. Aunque los bibliotecarios, como clase profesional, no odian a los judíos, a los pintores cubistas o a los comunistas, la historia sugiere que sí odian al papel. Y, como todos los sistemas de creencias semejantes, nuestra aversión hacia el papel tiene un origen institucional que puede rastrearse. *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*, de Nicholson Baker, ofrece una historia de los llamados programas de conservación que han desembocado en la pérdida de muchas colecciones históricas de periódicos, proporcionándonos cierta perspectiva sobre la causa real de nuestra alergia colectiva hacia el papel⁴.

La primera tecnología ampliamente utilizada para reemplazar al papel fue el microfilm. Como muchas innovaciones, sus orígenes eran militares. A mediados del siglo XX, muchos de los altos cargos de la Biblioteca del Congreso procedían de los departamentos de Defensa e Inteligencia y en 1941 empezaron a microfilmar colecciones históricas de periódicos. Los periódicos se almacenan en grandes volúmenes encuadernados. Según las prácticas de la Biblioteca del Congreso en aquella época, el método ideal para microfilmar era cortar la encuadernación de manera que las hojas quedaran planas y se pudieran fotografiar individualmente.

³ Un pesimismo como el mío tiende a provocar una particular respuesta instintiva: en contra de cualquier percibida jeremiada sobre los avances tecnológicos viene la respuesta de que el pánico moral y la improductiva nostalgia son algo perenne; se pueden invocar los temores de Platón sobre la tecnología de la escritura, o el hecho de que en la Edad Media la lectura se realizaba en voz alta y la lectura silenciosa resultaba sospechosa. Se nos recuerda que la sociedad reaccionó de forma exagerada ante los libros de cómics, que los aforismos existían mucho antes que Twitter, y que Facebook es simplemente una nueva forma de publicación. Por ello merece la pena resaltar que los libros electrónicos –y las prácticas de digitalización en general– han aparecido en una era de profundos cambios estructurales, que no pueden compararse con una ampliación popular de políticas de coleccionismo o con el añadido de cintas VHS a los materiales en circulación.

⁴ Nicholson Baker, *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*, Nueva York, 2001.

Para ello se utilizaba una máquina que se denominaba guillotina. Una vez desencuadrados, los periódicos ya no se pueden almacenar y deben desecharse. Para Baker este fue el comienzo práctico de la idea de «destruir para conservar». El microfilm no era una tecnología perfecta. Muchos periódicos han perdido páginas y otras son ilegibles; dependiendo del tipo de película utilizado y de cómo se han almacenado las copias en microfilm pueden deteriorarse mucho más deprisa que el papel. Los primeros proyectos de microfilmación utilizaban película de nitrato que es notoria por entrar espontáneamente en combustión mientras está almacenada. La microfilmación era realmente mucho más cara que alquilar algún almacén externo climáticamente controlado⁵. Para que estos proyectos tuvieran sentido desde un punto de vista financiero tenía que haber algo más en marcha. Los bibliotecarios necesitábamos una crisis, o por lo menos un enemigo claramente definido. Aquí es donde entra el activo fomento del odio al papel.

La creencia de que los libros impresos entre 1870 y 1950 podían finalmente deshacerse en pedazos debido a su acidez –lo que se conocía como el «defecto inherente» del papel– tiene algo de cierto. Sin embargo, la crisis del papel que desafortunadamente se ha vuelto decisiva para la manera en que muchas bibliotecas planifican sus fondos fue indudablemente fabricada. En 1957, la Biblioteca del Congreso encargó un programa de investigación a diez años sobre el deterioro del papel que estuvo dirigido por William James Barrow. Su experiencia procedía de la industria textil, no de la conservación de libros, y albergaba algunas extrañas e infundadas suposiciones que incluían la creencia de que, para un libro, tres días en un horno calentado a 22° C equivalían a veinticinco años en un entorno normal. Barrow sometió a quinientos libros impresos entre 1900 y 1949 a un proceso de riguroso abuso, incluyendo su versión de la «prueba del doble plegado»: cortar los libros en tiras de prueba, sujetar estas tiras a un plegadora mecánica y utilizar su capacidad para aguantar las oscilaciones de la máquina para calcular la expectativa de vida de los libros de donde se habían arrancado las tiras⁶. Barrow llegó a la conclusión de que el 97 por 100 de los libros tenían una expectativa de vida de menos de cincuenta años y por ello dijo que «parece probable que la mayoría de los libros de la biblioteca, impresos en la primera mitad del siglo xx, estarán en condiciones inutilizables el siglo que viene»⁷. Las

⁵ *Ibid.*, p. 26.

⁶ *Ibid.*, pp. 141-142.

⁷ W. J. Barrow, *Deterioration of Book Stock, Causes and Remedies*, citado en N. Baker, *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*, cit., p. 142.

predicciones de Barrow no se cumplieron. Millones de libros impresos entre 1900 y 1949 son perfectamente legibles en la actualidad, aunque quizá no aquellos a los que se les cortaron tiras, se metieron en hornos o se desecharon después de haber sido microfilmados.

La histeria hacia el papel no solo sirve de justificación para sustituir por microfilms grandes a menudo colecciones históricas de periódicos únicas, también condujo a otros extravagantes, caros y peligrosos experimentos de desacidificación del papel. Barrow falleció poco después de terminar sus experimentos de pliegue doble del papel y su laboratorio para someter a pruebas de estrés a los libros pasó a manos de Robert DuPuis, que durante la década de 1950 había sido director del departamento de investigación de Philip Morris. Sus memorandos internos fueron utilizados más tarde como prueba del encubrimiento de los efectos del tabaco por parte de la industria tabaquera, como evidencia de su conocimiento de que fumar es verdaderamente perjudicial para la salud. Si DePuis estaba resentido con el papel que preservaba esas declaraciones condenatorias, su agresividad se desató en 1970 cuando se puso a buscar una manera de desacidificar los libros utilizando un producto químico llamado morfolina. DePuis utilizó cámaras para gasear los libros con morfolina mediante un proceso que llamaba «fase de desacidificación con vapor»⁸.

Aproximadamente al mismo tiempo, la Biblioteca del Congreso empezó a experimentar con dietilcinc (DEZn) como otra manera de desacidificar el papel. El dietilcinc es pirofórico, lo que significa que arde cuando entra en contacto con el aire. Se utiliza en el combustible de los cohetes y fue un componente clave de las «bombas de combustible» lanzadas sobre Vietnam. Los libros que se trataban con DEZn acababan con manchas en la cubierta y las páginas, tenían un extraño olor y la encuadernación quedaba debilitada. No obstante, en 1980 el Consejo de Recursos Bibliotecarios de la Librería del Congreso anunció que el proceso se había demostrado seguro y eficaz y ahora podía utilizarse comercialmente. En 1982, la Biblioteca recibió autorización para utilizar una reacondicionada cámara de simulación espacial del Goddard Space Flight Center de la NASA⁹. Una pequeña explosión voló la puerta de la

⁸ N. Baker, *Double Fold*, cit., pp. 144-145.

⁹ El que la Biblioteca del Congreso encargara el gaseado de los libros en colaboración con la NASA es una coincidencia demasiado poética para pasarla por alto, ya que la NASA contaba entre su personal a antiguos nazis: el responsable del programa de cohetes de Hitler, Wernher von Braun, contribuyó a establecer la NASA en 1958 y trabajó en ella hasta la década de 1970. Agentes de inteligencia estadounidenses le reclutaron en una misión secreta denominada Operación Sujetapapeles.

cámara. A pesar de este percance se construyó un segundo centro de tratamiento y se produjo una explosión todavía mayor. Finalmente, en 1986, ignorando cuanto DEZN quedaba en las tuberías de la instalación fue demolida con explosivos¹⁰.

Estos episodios son casos extremos, pero no excepcionales. Son la conclusión lógica de un conjunto de prácticas tecnofetichistas que han modelado la cultura de las bibliotecas a lo largo del tiempo, y la actual generación de conservacionistas debe decidir si rechaza o transmite su legado. En 1996, el mismo Consejo de la Biblioteca que una década antes había proclamado el éxito de los tratamientos con DEZN, publicó un informe titulado *Preserving Digital Information* que todavía proporciona el marco intelectual fundacional y las directrices prácticas para los procedimientos digitales de conservación (uno de los copresidentes del grupo de trabajo que elaboró el informe, John Garret, estaba asociado al Goddard Space Center de la NASA)¹¹. Aunque las cifras de Barrow pueden no haber soportado el paso del tiempo, su investigación ha sobrevivido; ha sido citada, resumida y repetida durante décadas en circulares, libros, boletines y documentos de conferencias, hasta que sus implicaciones antilibros, técnicamente enmarcadas, fueron aceptadas como cuestiones de sentido común dentro de la profesión. Un artículo de 2010 en *Library Quarterly*, por ejemplo, comenta el «éxito que ha tenido el campo conservacionista en mitigar los problemas asociados con la producción de papel ácido», atribuyendo esta victoria a «décadas de creativa investigación en la ciencia de los materiales respaldada por múltiples estrategias de conservación, incluyendo la conservación mediante el formateado [y] la desacidificación a gran escala»¹². No hay ninguna cita adjunta a esta afirmación.

Encendiendo el fuego

El lector solitario es un fenómeno histórico aún más reciente que el libro impreso. Esa figura es fácilmente criticable por la serie de dudosas implicaciones políticas que conlleva: festeja la privacidad, el individualismo y otros ideales claramente burgueses. Sin embargo, a pesar de todos los problemas que puedan asociarse con esta versión romántica del nómadio y liberal sujeto lector (y que yo hago mía), los intentos de contener,

¹⁰ N. Baker, *Double Fold*, cit., pp. 120-122.

¹¹ Paul Conway, «Preservation in the Age of Google: Digitization, Digital Preservation and Dilemmas», *Library Quarterly*, vol. 80, núm. 1, 2010, p. 66.

¹² *Ibid.*, p. 72.

controlar y destruir a ese mismo sujeto lector son reveladores de su importancia política. Aquí podrían invocarse las observaciones bastante optimistas de Pierre Bourdieu sobre el propósito epistemológico de cualquier reflexión histórica sobre la lectura. En una conversación con Roger Chartier, sostenía que

al historizar nuestra relación con la lectura podemos liberarnos de las presuposiciones inconscientes que la historia nos impone. En contra de lo que comúnmente se piensa, más que relativizar la historia esto es un medio de relativizar nuestra propia práctica y por ello de escapar por completo del relativismo.

Bourdieu continuaba señalando que, por lo tanto, si la lectura «es el producto de las condiciones en las que yo he sido producido como lector, entonces ser consciente de ello es quizá la única oportunidad de escapar a los efectos de esas condiciones»¹³. Al excavar, historizar y analizar la experiencia del lector contemporáneo de *e-books*, se hacen evidentes las implicaciones políticas de las prácticas de lectura digitalizada.

Puedes leer un libro en un lector electrónico [*kindle* en inglés] y la historia será la misma. Sin embargo, el dispositivo evolucionó rápida y significativamente desde un aparato dedicado a la lectura a algo mucho más próximo a un iPad. Realmente, por si el verbo «*kindle*» no fuera suficientemente sugerente, Amazon eligió llamar a su última versión del aparato «Kindle Fire». El propósito real de ese aparato queda recalcado por la siguiente reseña, aparecida en la página de tecnología c-net: «El Kindle Fire es una tableta de siete pulgadas que encaja a la perfección con la impresionante colección digital de música, vídeo, revistas y libros de Amazon, todo ello en un paquete fácil de utilizar. Alardea de un gran navegador y su organizada tienda Android incluye la mayoría de las grandes aplicaciones imprescindibles (como Netflix, Pandora y Hulu)». Queda manifiestamente claro que esto no es un aparato cuyo propósito fundamental sea la lectura. La función del libro en este contexto es conceder poder a otros medios y vender lectores electrónicos e iPads. Aunque siga siendo posible leer una novela en ellos, una de las características más sobresalientes de Internet es que interrumpe la lectura lineal. El dispositivo conectado a la red interrumpe al lector con vínculos que le atraen hacia otros textos, llenan los márgenes con inacabables desvíos y distracciones y, finalmente, reduce el horizonte de expectativas

¹³ Pierre Bourdieu y Roger Chartier, «Reading Literature/Culture: A Translation of “Reading as a Cultural Practice”», *Style*, vol. 36, núm. 4, 2002, p. 665.

del lector desplegando habitualmente fragmentos, avances y otras partes de textos abreviados. Este depurado proceso administrativo de desarticulación reemplaza, e incluso en cierta medida reproduce, algunas de las funciones del teatral auto de fe.

La destrucción de los textos físicos no es un fin en sí mismo, sino un medio de restringir la posibilidad de leer –y por extensión de pensar–, que existe más allá de la mirada y fuera de la visión del mundo de un aparato totalitario. La eliminación de los libros ha sido históricamente un medio fundamental de este asalto. Junto a los más evidentes objetivos de eliminar el pasado histórico y prevenir la propagación de ideas peligrosas, Leo Lowenthal sugiere que la quema de libros está dirigida a la liquidación del sujeto¹⁴. En *The Tempest*, la quema de la biblioteca de Próspero se presenta no como algo casual sino como esencial para su asesinato: «Lo primero poseer sus libros; porque sin ellos / no es más que un borracho, un simple como yo / sin un espíritu que le obedezca... / ¡Quema sus libros!». Los verdugos durante el Antiguo Régimen a menudo se encargaban también de la quema pública de libros. En Francia durante la Contrarreforma, la ejecución en la hoguera de un vendedor de libros protestante se produjo «junto a un patíbulo separado donde se colgaron la Biblia y el Antiguo Testamento para después quemarlos». El saqueo de la biblioteca de Bagdad en 1258 produjo el adagio de que «las calles se volvieron rojas por la sangre y el río negro por la tinta»¹⁵. En otras palabras, «el organizado y prolongado terrorismo contra la vida del intelecto» que constituye la eliminación de los libros no puede separarse nítidamente de formas de violencia dirigidas contra el sujeto humano. La quema de libros elimina simultáneamente el objeto físico, textual, y con el tiempo su residuo intelectual. Cuando estas medidas preventivas fallan, si llegan a hacerlo, son los cuerpos de los lectores e intelectuales disidentes los que se convierten en objeto de esta violencia. En otras palabras, la destrucción de los libros es en un sentido muy real la destrucción de la condición de personalidad.

El *e-book*, por muy ignífugo que pueda ser, aumenta el potencial de este terror. A medida que los libros se descomponen y la información se transmite incorpóreamente de un lugar a otro, la experiencia material de consumir esta información se vuelve cada vez más accesible. La

¹⁴ Leo Lowenthal, «Caliban's Legacy», *Cultural Critique*, vol. 8, invierno de 1987-1988, p. 5.

¹⁵ *Ibid.*, p. 6.

disolución de las fronteras entre los textos, a menudo citada como el gran beneficio de la lectura mediante la red, se traduce en la erosión de los perímetros que señalan un ser privado, delimitado. El lector se convierte en una sede de extracción de datos y, probablemente, queda sometido a toda la consiguiente destrucción que semejante metáfora extractiva puede implicar. Como parte del proyecto de liberar información, los *e-books* facilitan la colonización de la mente. Cuanto más éxito tiene la vigilancia y control de este panorama mental, es menos necesario prohibir o quemar los libros que determinan sus características.

Si los libros continúan viviendo en el espacio digital, se trata de una vida proteica: los capítulos se pueden extraer a voluntad, los artículos pueden separarse de su contexto editorial, los pasajes se pueden localizar por palabras clave, los párrafos se pueden cortar y pegar, las frases abstraer y repetir; todo está sometido al modelo de flujos sin fricciones que crea y exige el propio capital. Incluso si dejamos por un momento entre paréntesis la vigilancia y el excedente, la más anodina descripción de las «humanidades digitales» se basa fundamentalmente en este lenguaje de extracción y expansión, e indica el poco espacio que queda para la lectura privada de textos de gran formato: «El entorno tecnológico en el que Google prospera está habilitando nuevos campos de estudio en el ámbito de las humanidades digitales, intensamente colaborativos, interdisciplinarios, y posibilitados por herramientas informáticas para encontrar nuevos significados mediante la extracción de datos, las visualizaciones creativas y otras maneras de empujar las fronteras de la documentación existente»¹⁶.

Podemos debatir los méritos relativos de la lectura dispersa y en red y, ciertamente, de los campos de estudio generados por practicantes de las humanidades digitales. Sin embargo, hay algo inequívocamente perturbador en el hecho de que la lectura electrónica se haya vuelto productiva. Amazon, por ejemplo, ahora puede rastrear y archivar las notas del lector. Cualquier cosa que el lector subraye en su lector ahora queda automáticamente catalogada, sus pensamientos mientras lee son transformados en propiedad material. Aquí están sucediendo dos cosas. La primera, ahora ampliamente reconocida, es que el lector está proporcionando gratis a una empresa un instrumento para sus ventas¹⁷. La

¹⁶ P. Conway, «Preservation in the Age of Google», cit., p. 63.

¹⁷ Aunque los libros no han escapado del estatus de mercancía y un mercado de ideas sin duda no es algo nuevo, la lectura en sí misma no podía, hasta hace poco,

segunda es que está en marcha un proyecto ideológico en el que el lector queda incorporado (normalmente de forma involuntaria) a un proyecto editorial colectivo, al servicio de los imperativos tecnológicos para producir material textual adaptable a su forma, es decir, para acortarlo. Los pasajes «más subrayados» abrevian efectivamente el texto cuando se vuelven disponibles para otros lectores. Así, la lectura digital te incorpora, como lector, al proyecto general de abreviación que se produce *online*, una cierta clase de expurgamiento por consenso popular.

Futuros

Las bibliotecas, en su intento de «prepararse para el futuro» –tomando una frase del fórum *Library Journal* de 2008– están siguiendo ese camino e importando prácticas y lógicas comerciales a espacios nominalmente alternativos. Los libros electrónicos no se tienen en propiedad, sino que se alquilan, y como esto se aplica no solo a individuos con lectores digitales sino también a bibliotecas, plantea cuestiones en torno a la privacidad y la recogida de datos de los usuarios. Al renunciar de esta manera a la propiedad, las bibliotecas ya no tienen pleno control sobre el acceso o la preservación de grandes partes de sus colecciones. Los *e-books* pueden ahorrar espacio y cumplir los deseos de los usuarios de sistemas electrónicos de entrega, pero también constituyen la punta de lanza de la privatización. La importación por parte de bibliotecas públicas y universitarias de nuevas estructuras de propiedad, por medio de libros electrónicos alquilados, distingue a la tendencia hacia la digitalización de debates anteriores sobre qué géneros literarios debería proporcionar una biblioteca. Este último ajuste no es comparable a la decisión de, por ejemplo, adquirir literatura más popular: no es una cuestión de contenido, sino de las mismas estructuras de desarrollo de una colección, de acceso y de control.

Prácticamente todas las justificaciones de la biblioteca digitalmente ampliada que van más allá de lo funcional o lo presupuestario para incluir alguna clase de perspectiva social evidencian una obsesión por un futuro tecnológico –incluso ahistórico– sumado a un ideal de

ser controlada y monetizada en tiempo real. En «Sobre el carácter fetichista de la música», Adorno sugería que cualquier producción cultural que suscita placer y que consigue emanciparse del valor de cambio adquiere características subversivas. La afirmación inversa –que cualquier producto cultural que soporta un valor de cambio no puede ser subversivo– añade un significativo peso a esta digitalización de la lectura de libros. Theodor Adorno, *Essays on Music*, Berkeley, 2002.

«servicio» concebido en términos de un populismo miope. Hay una extraña resonancia lingüística entre los profetas del fascismo y los defensores del acceso y la conservación digital. Para Leo Lowenthal, la quema de libros por parte de sociedades autoritarias y totalitarias fue «un loco intento para refundar la historia del mundo, para diseñar un nuevo mito de la creación, la genealogía de una nueva historia de salvación, que repudia, destruye y elimina todo lo que precede a un nuevo y arbitrario calendario»¹⁸. La lógica de las «bibliotecas universales» contemporáneas como Google Books parecen antitéticas a semejante agenda ideológica. Pero sobre la idea de la digitalización de toda la información del mundo se proyecta la ideología de la era de la información, que se presenta a sí misma como una ruptura radical con el pasado, como un cambio de paradigma de proporciones nunca vistas y como el material mismo de una futura organización social, que es horizontal, abierta, flexible y democrática. Internet y el conjunto de metáforas y prácticas que han crecido a su lado y a su alrededor –la misma convicción de que este entorno es completamente nuevo– contienen un impulso similar para «refundar la historia del mundo» y ofrecer «una nueva historia de salvación».

La temporalidad así entendida no encaja bien con unas instituciones que por definición están encargadas de conservar el pasado. Sin embargo, si echamos un vistazo al *Library Journal* eso es exactamente lo que encontramos: instrucciones sobre cómo preparar a las bibliotecas para el futuro o cómo «construir la biblioteca del futuro». El que las instituciones culturales reflexionen sobre su relevancia y supervivencia a largo plazo no es una sorpresa. Sería desconcertante que las bibliotecas aceptaran abiertamente su obsolescencia final y se prepararan para una fecha cercana en la que finalmente serían cerradas en favor de eficientes alternativas en manos privadas. ¿Pero qué implica una frase como «preparar para el futuro» sino la irrelevancia, o al menos la inminente destrucción, de las bibliotecas tal y como existen en la actualidad? Preparar la biblioteca para el futuro revela una perspectiva del mundo profundamente pesimista. Presupone un futuro necesariamente hostil para las bibliotecas.

El concepto de «biblioteca del futuro» revela algo parcialmente oculto por los sueños utópicos de una «biblioteca universal». Se trata de una fantasía totalmente elaborada dentro de un imaginario tecnológico; liberada de las demandas residuales de algo tan históricamente arraigado como una biblioteca universal o materialmente nostálgico como

¹⁸ L. Lowenthal, «Caliban's Legacy», cit., p. 9.

un «proyecto libros». Por ello refleja las realidades materiales de la producción capitalista avanzada, un inacabable proceso de jubilación. El futuro que ocupa la biblioteca es uno en el que los «paquetes de información» se ven continuamente lanzados a la pira digital. La obsolescencia programada, incluida en la práctica diaria a través de las innovaciones tecnológicas, se ha convertido en el principio organizador de la ciencia bibliotecaria. No es simplemente el papel lo que hay que sustituir, sino la propia biblioteca.

«Prepararnos para el futuro» supone la activa participación de los bibliotecarios en la construcción de este futuro hostil, un futuro en el que la destreza tecnológica supera al conocimiento del sujeto y los proyectos de creación de mapas interactivos han retirado la atención y la financiación, por ejemplo, a la conservación del famoso edificio Schwartzman de la Biblioteca Pública de Nueva York como un silencioso lugar de estudio. O como señala un artículo de *Library Journal* celebrando la transformación de las bibliotecas en «un gran conjunto de interfaces de programación de aplicaciones», poniendo «en funcionamiento» el patio del edificio Schwartzman y convirtiendo «sus históricos ejemplares en algo nuevo, útil y un poco peculiar»¹⁹. El que una importante publicación profesional como *Library Journal* sea tan groseramente ahistórica y abiertamente instrumentalista refleja el tecnofetichismo que se está apoderando de las ciencias bibliotecarias. El nuevo *ethos* profesional exige un conjunto de capacitaciones e intereses que no tienen nada que ver con los fondos históricos o la investigación: las bibliotecas preparadas para el futuro deben estar atendidas por personas «versadas en el cambio», que sean «expertos en ordenadores/redes sociales»²⁰. Reforzándose a sí mismas, las demandas de cambio tecnológico atraen a los entusiastas de la tecnología, y con ellos al frente, el cambio tecnológico entra en el orden del día. La histeria hacia el papel de Barrow y la doctrina de «destruir para conservar» se llevan aquí a sus extremos, con la creencia –ahora generalizada– de que para que las bibliotecas sobrevivan deben recurrir a acciones de autodestrucción creativa y optar por «desmantelar sistemáticamente las barreras que frenan el cambio y se oponen a la innovación», siguiendo de cerca el «enorme éxito de los experimentos que se producen en el sector privado». Los laboratorios tecnológicos de la Biblioteca Pública de Nueva

¹⁹ Meredith Schwartz, «Dicing Data at NYPL labs: Transforming the Library into a Big Set of APIs», *Library Journal*, vol. 137, 14, 2012, p. 22.

²⁰ «Future-Proof Your Library: LJ's Movers & Shakers Strategize about How to Secure a Vital Future», *Library Journal*, vol. 133, 13, 2008, p. 30.

York tienen cierta idea de cómo puede ser este futuro y están trabajando para crear una «biblioteca en forma de un centro de compensación de datos», donde las colecciones digitalizadas pueden convertirse en datos y «cortadas y troceadas con todas las herramientas actuales»²¹.

Públicos

La retórica utilizada en defensa de este cambio tecnológico no es solamente la prevención del desastre o la autoconservación. Casi siempre estas justificaciones también invocan el mandato populista. Un editorial publicado en *Chronicle of Higher Education* en 2011 resulta representativo y esclarecedor. Su autor, David Rothman –cofundador de una iniciativa a favor de una biblioteca digital sin ánimo de lucro– sugiere que hasta ahora el problema con las concepciones de la biblioteca digital nacional ha sido su estrechez de miras sobre las humanidades y la formación académica, cuando esa biblioteca digital podría ampliarse para incluir «contenidos y servicios para los que no forman parte de la elite», incluyendo «materias empresariales y de formación profesional, de manera que pudiera ayudar a que los estadounidenses sin empleo mejoraran sus capacitaciones»²². Rothman considera que la sugerencia de Robert Darnton de que Internet podría crear una nueva República de las Letras «tiene un cierto aroma a esnobismo intelectual». Afirma que «una biblioteca digital apoyaría una cultura de la lectura, como siempre han hecho las bibliotecas», pero «los consumidores estadounidenses necesitan ser tratados como algo más que pasivos consumidores de contenidos» seleccionados por expertos. Los que no pertenecen a la elite necesitan un sistema que proporcione «formación multimedia para el empleo» e interfaces que se vinculen con «redes sociales y otras webs de manera que estén verdaderamente integrados con Internet». Entre paréntesis añade que la «cultura» también es importante: «más allá de su valor intrínseco» resulta práctica en «actividades empresariales como el marketing y el diseño de páginas web». Al fin y al cabo, la cultura superior es un «condimento», «no toda la dieta de los usuarios de las bibliotecas en Estados Unidos»; los clientes son consumidores y leer es para esnobs.

²¹ M. Schwartz, «Dicing Data at NYPL Labs: Transforming the Library into a Big Set of APIS», cit., p. 23.

²² David Rothman, «It's Time for a National Digital Library System: But It Can't Serve Only Elites», *Chronicle of Higher Education*, febrero de 2011.

La particular forma de pensamiento orientado hacia el usuario que evidencia el artículo de Rothman –el antiintelectualismo generado por las categorías de «elites» y «todos los demás»– es dominante en la ciencia bibliotecaria y tiene claros resultados prácticos. Cuando todavía no había acabado el master, la mujer encargada de la indexación y conservación de las disertaciones de la base de datos de la Modern Language Association me dijo que la palabra «hermenéutica» no era una elección razonable para un término de búsqueda, porque «nadie sabe qué significa esa palabra». El ejemplo que teníamos delante era una disertación titulada «La hermenéutica de la comida en los escritos sobre viajes de Lewis y Clark». La palabra «hermenéutica» aparecía en múltiples ocasiones en el resumen. Se puede asumir con certeza que también aparece en otras disertaciones. Cuando le señalé esto, la instructora explicó que ese era el problema con los resúmenes redactados por alumnos de doctorado, que utilizaban un lenguaje «extravagante» para impresionar a sus profesores en vez de sencillos resúmenes escritos por profesionales como ella. «La hermenéutica de la comida» acabó con el encabezamiento de «comida» y «viaje».

A medida que la búsqueda de textos completos se convierte en la norma, las objeciones sobre la indexación con palabras clave pueden resultar menos decisivas. Sin embargo, los vocabularios controlados y los grandes encabezamientos de temas siguen siendo importantes cuando aumenta la cantidad de texto consultable, precisamente porque permiten a los usuarios buscar textos donde «hermenéutica», por ejemplo, es un concepto importante en vez de una palabra mencionada una vez en el último párrafo. Aunque hermenéutica está (ahora) incluida como un término temático en el tesoro de la Modern Language Association (el vocabulario controlado utilizado por los indexadores de la base de datos), la manera de pensar de mi instructora es tan generalizada como errónea. Las disertaciones son precisamente el tipo de cosa que nos promete una biblioteca democratizada, inclusiva; textos que de otra forma quedan anclados al depósito de una institución que no está abierta al público en general. Por ello, merece la pena preguntar, ¿quién va a ir buscando algo como «La hermenéutica de la comida» con términos de búsqueda como «comida» y «viaje»? Una aproximación del «hombre común» a la taxonomía e indexación no produciría ni produce colecciones donde los materiales de formación profesional y los artículos académicos existan codo con codo, sino entornos digitales donde palabras multisilábicas están castigadas por un exilio efectivo de los resultados de la búsqueda. Así, en nombre de democratizar el conocimiento, el conocimiento se

vuelve de hecho más exclusivo, compartimentado y aislado. Quizá sea esto lo que hay que esperar de un personal cada vez más formado por gente que está dedicada a convertir las bibliotecas de investigación en «laboratorios» para la producción de fríos mapas interactivos y dispositivos interrelacionados. Cada vez hay menos espacio profesional para gente interesada en la custodia y conservación de cuerpos de conocimiento; cuerpos completos, no cuerpos que pueden ser «cortados y troceados» como en un verdadero laboratorio.

Algunos sostendrán que las bibliotecas son instituciones orientadas a prestar servicios y que hacer hincapié en el suministro de libros es no entender su cambiante papel cívico. Sin embargo, como un edificio público (y posiblemente histórico) que contiene una creciente cantidad de *software* con licencias privadas y materiales de lectura temporalmente alquilados, la biblioteca «adaptada al futuro» se está convirtiendo rápidamente en una cosa distinta a una biblioteca: un portal de cemento y ladrillos de carácter público en manos del sector privado.

Bibliographia universalis

Como bibliotecaria, mi confrontación con el mito de la biblioteca universal ha sido íntima e incómoda. Llegó en forma de la digitalización, de la ubicua Internet y la lectura digital, ahora todo ello es parte de la vida normal y abrazado con entusiasmo por mi profesión en detrimento de los fondos físicos. La biblioteca universal es quizá la pieza de propaganda más efectiva al servicio de la era de la información, o de lo que Jodi Dean ha denominado directamente como «capitalismo comunicativo». Con pretensiones humanistas y generosas, proyectos como Google Books continúan representando los efectos socialmente saludables de la vida interconectada. A medida que se desvanece la pura autopropaganda de la tecnología de mediados de la década de 1990, la biblioteca universal mantiene su importancia política simbólica como una visión relativamente concreta de una latente utopía de la información, una máscara detrás de la cual el trabajo no remunerado puede ser apropiado para obtener beneficios, mientras la privacidad se ve paulatinamente reducida. O, como mínimo, es una convincente externalidad de esta infraestructura creadora de valor, una cierta clase de premio de consolación por las horas pasadas creando propiedades virtuales para Facebook. Si la información universalmente accesible acaba en un aumento de las capacidades de vigilancia de las empresas privadas y las

agencias gubernamentales, también hace que el acceso a las obras completas de Karl Marx sea mucho más accesible y naturalmente asumimos que esto es algo bueno. Pero la biblioteca universal –incluso si pudiera quedar divorciada de sus funciones ofuscadoras– es una idea peligrosa.

Los argumentos contra la digitalización pueden parecer sentimentales, porque hemos internalizado tan profundamente la lógica del progreso tecnológico que cualquier argumento contra ella parece fuera de lugar. Para Marcuse así es precisamente como funciona la racionalidad tecnológica: «Actualmente, el aparato al que se tiene que ajustar y adaptar el individuo es tan racional que la protesta y la liberación individual parece no solo falta de esperanza, sino irracional»²³. Sin embargo, el mío no es un argumento sentimental. (Las cualidades sensuales del libro, lo que Walter Benjamin identificaba como el «aura» del objeto, son preocupaciones secundarias). Pero es un argumento irracional, o más exactamente un argumento antirracional. Lo que está en juego aquí es la ciega participación entusiasta de los bibliotecarios en una cultura de racionalización de amplio alcance de todas las formas de información textual: la asimilación de novelas, monografías, poesía, correspondencia, periódicos y ensayos en un solo aparato, superficialmente descentralizado, que es estructuralmente hostil a la desviación formal.

La digitalización, y la digitalización de los libros en particular, no es algo benigno. Tanto en sus forma pragmática como utópica, la digitalización oculta un impulso destructivo que no solo elimina libros, sino que amenaza la misma libertad de discurso que pretende promover; debilita la experiencia educativa de aquellos que afirma defender y monetiza, es decir, mercantiliza, la vida intelectual en nombre del libre acceso. Y todo esto altera drásticamente la escritura que contiene, si es que no la elimina en la práctica. Los proyectos de digitalización dirigidos por instituciones educativas y culturales se conciben a sí mismos en términos manidos: la necesidad de recortar gastos, ahorrar espacio, aumentar el acceso y mantenerse a la altura de las demandas de los consumidores. Si la práctica diaria es pragmática, incluso prosaica, la mitología de la biblioteca universal continua estructurando y orientando las actividades de aquellos que están encargados de conservar y proteger los artefactos de la vida cultural e intelectual. La digitalización total queda como el

²³ Herbert Marcuse, «Some Social Implications of Modern Technology», en Andrew Arato y Eike Gebhardt (eds.), *The Essential Frankfurt School Reader*, Nueva York, 1978, p. 145.

horizonte infinitamente en retroceso hacia el cual los bibliotecarios y los educadores estamos fielmente marchando. Y a lo largo del camino van anunciando sus intenciones: uno de los primeros experimentos en dispositivos de lectura digital se llamaba «El último libro».